

Generación triste

—• Por Juan José Remos •—

Todo aquel que tenga espíritu observador, habrá notado (especialmente en aquellos lugares en que se agrupan) que los adolescentes de hoy se caracterizan en sus expansiones y en sus actividades, por una ausencia notoria de esa alegría pura y contagiosa que retoza en el alma y que se desborda en todo, porque no puede contenerse dentro y busca la salida por cuantos poros halla a su paso. Nuestra juventud, lo que comúnmente se llama entre nosotros juventud (porque ya cuando se pasa de los treinta se ha dejado atrás) es íntimamente triste. Es aparentemente divertida, hasta bullanguera cuando la ocasión lo requiere; pero su diversión y su bullanga son periféricas; no son el producto de esa claridad interior que lanza luz hacia afuera, y que hace sentir la vida con alegría y hace a los hombres alegres hasta los tuétanos.

Esa alegría que en cada época de la existencia tiene su tónica, no se registra en nuestros jóvenes actuales, faltándoles, por tanto, una cualidad esencial para su felicidad; cerniéndose, en cambio, sobre su destino, un funesto presagio de saldos negativos, pues como afirmó Voltaire, “quien no tiene el espíritu de su edad, tiene todos sus defectos”.

La razón de esta ausencia hay que buscarla en la suplantación que ha hecho el hombre de nuestros tiempos, del proceso humano, adelantando el ritmo normal de la vida como si adelantando las manecillas de un reloj, se creyera transformar la marcha del tiempo, en el avance deseado. Lo único que se consigue con ello (y así ha sido en la evolución de la vida humana) es hacer abortar el proceso irrectificable que presiden leyes inmutables, contra cuya sustancia es impotente la argucia del homo sapiens. Cada espécimen que espontáneamente se separa de la norma, es el producto de la misma naturaleza, que

también tiene sus caprichos, los cuales no son otra cosa que las excepciones que toda regla o ley suele tener. La precocidad, pues, en cualquier aspecto que sea, es un fenómeno que se aparta de la vía común: pero que no está expuesto a los peligros de la quiebra, porque la propia naturaleza (cuya sabiduría es única) le dota de las compensaciones suficientes que evitan las irregularidades a que le expone su rareza.

La actual generación cubana ha sido forzada en el compás de su vida. El niño se ha hecho joven antes de tiempo, y éste adulto. La vejez, pues, se ha hecho prematura; y aunque es innegable que la vejez también tiene su alegría, esta se malogra cuando la alegría de la vejez se quiere sentir en la juventud, o viceversa. A menudo hemos visto sucumbir al hombre que en la ancianidad quiere mantener los bríos y practicar las costumbres de la juventud; y lógicamente nos ha de suceder con los jóvenes que pretenden gozar de una madurez que su edad no les permite. De ahí toda la verdad sintetizada en la frase de Voltaire, antes citada.

Es contraproducente que cuando estamos en los años en que la naturaleza nos faculta para intuir, y la educación nos va informando de la noción de las cosas, demos de lado a estas actividades formativas, pero que constituyen el primer momento de la función consciente del individuo, y aspiremos a sustituirlas por el ejercicio crítico y la independencia de la voluntad, que solo son viables y legítimos cuando de la intuición y del conocimiento educativo podemos pasar normalmente a la elaboración de nuestras ideas y a la acción libérrima de nuestros impulsos. Esa es la causa de que la juventud haya visto siempre la vida “color de rosa”, puesto que antes de enfrentarse con la realidad, ha conocido la poesía. Y ese proceso normal, es inútil que trate de interrumpirse, so pena



(como lo estamos experimentando) de enmohecer prematuramente la vida del hombre. Por imperativo de la propia existencia, tiene que ser así, y todo lo que sea contrariar esa fatalidad, es cortar la juventud con todas sus fuentes de energía, y alargar la vejez, con todo su inevitable déficit.

Los que viendo a los jóvenes gozar la alegría de sus años a toda plenitud dijeron: “Dejémoslos gozar que el porvenir les hará sufrir irremediamente”, tuvieron más razón que los que han pretendido marchitar sus ilusiones, sin alcanzar el éxito afortunado de ciertas previsiones que solo y únicamente la experiencia directa del individuo logra.

Esta juventud armada (¡qué juventud, niñez!); esta niñez erigida en mente directriz de la cosa pública, dictando principios y tratando de imponer su pensamiento; enjuiciando la conducta de los demás, sin tener aún criterio para enjuiciar la suya propia; esta niñez despojada de las más elementales exigencias del decoro y exhibiendo en la calle lo que antes no se atrevía a dejar trascender al conocimiento de los demás, los más corridos “chéveres” de la sociedad; esta niñez iniciada en los “paraísos” de las drogas y en las más inconcebibles perversidades del vicio, a ciencia y paciencia (como suele decirse) de los que tienen la responsabilidad de evitarlo; todo ello y mucho más que callamos, es lo que ha engendrado esta generación triste, encarada a destiempo con

todas las máculas de la vida social, porque como se deduce de Voltaire en su citada frase feliz, ha caído en los defectos de una edad cuyo espíritu no es el que le corresponde.

Hay quien achaca a la civilización este desplome moral. ¿Por qué? Muy bien ha definido el progreso el Conde de Keyserling, negando que represente una etapa más avanzada desde el punto de vista del espíritu, y sentando que es más bien un grado superior de evolución animal; y puesto que como él mismo especifica, “es el alma la que hace del hombre un hombre”, nada tiene que ver el progreso con estas desviaciones, que constituyen más bien un retroceso.

Una vez más tenemos que volver los ojos a la familia, para situar allí el origen del desmoronamiento social que nos alarma. De su seno salen las generaciones alegres o tristes, morales o inmorales.

En el mundo se ha repetido en estos últimos días, en periódicos y radios, que el 1947 es el año de las grandes soluciones. Ojalá podamos nosotros resolver la crisis de la familia cubana, para que las futuras generaciones recobren el ritmo de la lógica evolución; y podamos destruir las causas generales que provocan la desgracia familiar (y que entre nosotros toma su modalidad especial, como toma la suya en Francia, en Estados Unidos, etc.) y que Bertrand Russell ha estudiado admirablemente, a través de su naturaleza psicológica, económica, social, política y educativa.

Hay que desterrar las juventudes tristes, porque de una juventud triste no puede esperarse más que una madurez sombría.

Juan J. Remos (Santiago de Cuba, 1896 – Estados Unidos, 1969). Ensayista, profesor y periodista. En la Universidad de La Habana se graduó de Doctor en Filosofía y Letras. Después impartió clases de literatura en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Se desempeñó como Ministro de Educación y como Embajador en España. Entre sus obras se hallan *Doce ensayos* (1937) e *Historia de la literatura cubana* (1945). Artículo tomado del *Diario de la Marina* Año CXV Nro. 3. La Habana, 3 de enero de 1947. p. 4.